

## DE LA BELLEZA ARTIFICIAL

---

Como si fueran más hábiles que la naturaleza, las mujeres han adolecido en todo tiempo del prurito de la hermosura facticia con la cual tratan de obscurecer los primores inherentes a la familia humana o se proponen engatuzar a los hombres vendiendo una cosa por otra. Si tienen creído que el resplandor ominoso con que salen brillando por las calles puede algo en nuestro ánimo, sepan, al contrario, que ese efecto es mortal para ellas. Si se dan a entender que tragamos gato por liebre, se engañan por la mitad de la barba, y salen mal libradas en nuestros juicios y opiniones. Seguro está que la inventora de las blandurillas y las mudas, lo que en general se llama afeitte de las mujeres, haya sido una niña de quince ni veinte años, a cuyas mejillas la rosa pide favor, a cuyos labios el clavel se rinde confesándose vencido. La inventora de esas brillantes porquerías fué una vieja presumida que vió apagados sus colores, idas para nunca más volver sus gracias y frescura. Que estas vejanecas desdichadas se encomienden a la ciencia de las brujas para mostrar lo que no son, aun no tan malo; pero que una muchacha que está reventando y abriéndose como una flor del paraíso acuda para embellecerse a esos matadores de la belleza, esto es lo que no nos cabe en la imaginación. La una, sobra de sí misma, escoria del oro que ha derrochado en treinta años, tiene necesidad de cubrirse el rostro, si es ocultadora de la verdad, y se anda a caza de admiraciones y amoríos; la otra, joven, fresca, blanca, ¿qué tiene en su persona que fingir y ocultar a nuestros ojos? Entre las flores de mi jardín, orillas del cual escribo, descuella la azucena, como la infanta heredera de la real familia. Habiendo llovido anoche, la madre tierra ha cobrado pujanza y brío: el sol comparece sobre un mundo

espeso de nubes purpúreas, amarillas, violadas y de cien otros matices y combinaciones: un diluvio de luz llena luego los huertos bajando de los montes, y las flores la reciben y aspiran como sedientas de los secretos divinos que esa mensajera del cielo acarrea en sus entrañas. La azucena, digo, en su oriente, está nadando en hermosura propia, tan lozana, tan suave, tan seductora con sus naturales atavíos, que si esta deidad insensible puede infundir pasiones, los espíritus incorpóreos de la atmósfera, los ángeles incompletos que pueblan el aire, se mueren de amor por ella, o a sus plantas yacen desmayados implorando compasión de esa divina ingrata. ¿Qué diríais, ¡oh vosotras, niñas y señoritas de veinte años!, si la princesa del jardín se diese sus trazas para mejorar su color y su frescura, mediante los secretos de una fada maligna cuyo ministerio fuera la persecución y ruina de las obras más cumplidas de la naturaleza? Bien así como esa flor, si blanquease su blancura os parecería loca de atar, así vosotras, jóvenes, cuando blanqueáis lo blanco, sois para nosotros pobrecitas a quienes de buena gana encerráramos en un hospicio, si hospicio hubiera donde os sirviesen reyes a la mesa y reinas os quitasen los chapines. El blanco anexo a la mujer es como el blanco natural en la leche: si lo cubrís por mejorarlo, echáis a perder el acierto de la naturaleza. Las obras maestras de escultura, las grandes fábricas de Atenas, el templo de Júpiter, el Partenón ponían la fachada al mundo, limpia de ingredientes superficiales que ocultaran la sublime belleza que las ha vuelto célebres: ni cal, ni estuco, ni yeso. Así el rostro de Minerva, el de la Venus púdica no admite las ridículas embarraduras con que las mujeres, más bellas que esas divinidades sin alma, viven empeñadas en afearse y envejecerse antes de tiempo.

¿Qué delirio es ese, niña? La azucena se contenta con sus gracias propias, y no pasa por la vergüenza de pedirle a la tiza una misericordia de blancura: el armiño no se queja del Hacedor, ni va a hurtar lo que le falta: la paloma, con lo que es suyo la ayude Dios, satisfecha se halla, y no procura volverse blanca la azul, ni la azul blanca. ¿Dice por ventura una de estas avechitas: A mí no me ha puesto collar la naturaleza;

yo me he de envolver un arco iris en el cuello? ¿Dice otra: A mi no me gusta este importuno tornasol; yo quiero pecho y cuello como la nieve? Todos los seres vivientes se hallan conformes con lo que han sacado del vientre de sus madres; la mujer, la mujer tan sólo, el más bello y seductor, no está contenta con sus incentivos, y va a postrarse ante las más ruines substancias, para labrar una belleza despreciable con la cual mata la que ambicionan los ángeles del cielo.

JUAN MONTALVO.

*(Siete tratados.)*

---